

Revista de Ciencias Sociales Transdisciplinar

Vol.6 Núm. 11 Julio-Diciembre 2026
ISSN: 2683-3255



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
NUEVO LEÓN

Transdisciplinar

Revista de Ciencias Sociales

Consumo de drogas y su relación con la construcción de las masculinidades entre los campesinos del estado de México

Drug Use and Its Relationship to the Construction of Masculinities Among Peasants in the State of Mexico

Anabel Flores Ortega

<https://orcid.org/0000-0002-9972-314X>

Consejo Mexiquense de Ciencia y Tecnología
Toluca, México

Fecha entrega: 30-07-25 Fecha aceptación: 09-10-25

Editor: Rebeca Moreno Zúñiga. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2026, Flores Ortega, Anabel. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/transdisciplinar6.11-214>

Email: ana_ren@hotmail.com

Consumo de drogas y su relación con la construcción de las masculinidades entre los campesinos del estado de México

Drug Use and Its Relationship to the Construction of Masculinities Among Peasants in the State of Mexico

Anabel Flores Ortega

Resumen: Este artículo explora cómo el consumo de drogas se relaciona con la forma en la que los hombres campesinos del oriente del Estado de México construyen su identidad masculina. A partir de entrevistas y trabajo de investigación, se reconstruyen las historias de vida de varones que trabajan en el campo, en entornos donde se espera que sean fuertes, resistentes y que no muestren emociones. El consumo de sustancias aparece como una manera de soportar el cansancio, calmar el dolor emocional o ganarse el respeto de los otros. El cuerpo ocupa un lugar central: es el que resiente el esfuerzo diario, pero también el que sostiene los ideales de fortaleza. Sin embargo, algunos hombres comienzan a reconocer sus límites físicos y emocionales. A partir de esa conciencia, también surgen otras formas posibles de ser hombre, más cercanas al cuidado, al descanso y al reconocimiento de la propia vulnerabilidad.

Palabras clave: Masculinidades, ruralidad, consumo de sustancias, campesinos, cuidado.

Abstract: This article explores how drug use relates to the way male campesinos from eastern State of Mexico construct their masculine identity. Based on interviews and fieldwork, it reconstructs the life stories of men who work in agricultural settings where they are expected to be strong, resilient, and emotionally reserved. Substance use appears to cope with exhaustion, ease emotional pain, or gain the respect of others. The body plays a central role: it bears the weight of daily labor while upholding ideals of strength. However, some men are beginning to acknowledge their physical and emotional limits. From that awareness, new ways of being a man begin to take shape—ones more connected to care, rest, and the recognition of vulnerability.

Key words: Masculinities, rurality, substance use, agricultural workers, care.

Introducción

El Estado de México es una de las entidades federativas con mayor actividad agrícola en el país. En su territorio se cultivan más de 500 mil hectáreas de maíz, 15,900 hectáreas de tuna y 12,895 hectáreas de avena, lo que ha generado un volumen promedio anual de producción superior a los ocho millones de toneladas en los últimos seis años (SECAMPO, 2021). Esta actividad, además de ser un soporte económico, es un espacio en el que se producen y reproducen identidades de género. Según el Censo Agropecuario 2022, el 83% de la población trabajadora en el campo mexicano está conformada por varones (INEGI, 2022), lo que evidencia la masculinización del sector.

En las zonas rurales y semirurales, el trabajo agrícola no solo se concibe como medio de subsistencia, sino como el lugar simbólico donde se construyen y legitiman formas hegemónicas de masculinidad.¹ La fuerza física, la resistencia, el dominio del entorno y el rol de proveedor son atributos frecuentemente asociados al “ser hombre” en estos entornos (Brandth & Haugen, 2005). Esta construcción performativa se expresa a través del cuerpo, que adquiere una dimensión identitaria al inscribirse en ideales de virilidad basados en el esfuerzo, la dureza y la negación de la vulnerabilidad (Little & Panelli, 2003; Calvario, 2016).

Cultivar la tierra implica entonces no solo la producción de alimentos, sino también la producción de sentidos culturales.

1 Se entiende aquí la hegemonía no en el sentido clásico de Connell (1995), sino como un concepto contextual y situado, que refiere a las formas dominantes de masculinidad construidas en un momento y espacio social determinados.

El trabajo agrícola refuerza la figura del hombre como protector del territorio, responsable del sustento y encarnación del orgullo comunitario (Campbell, Bell & Finney, 2006). Sin embargo, estas formas de masculinidad no deben entenderse como homogéneas ni estáticas, sino como proyectos ideológicos de identidad masculina situados históricamente, que se negocian y disputan en contextos sociales específicos (Herfeld, 1986). En el ámbito rural, dichas construcciones se entrelazan con estructuras agrarias, sistemas de parentesco, políticas públicas y discursos comunitarios que exaltan la figura del “buen hombre del campo”. Este modelo se ve complejizado por el fenómeno migratorio, especialmente hacia Canadá a través del Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT),² el cual no solo impacta la economía local, sino que también reconfigura las relaciones de género. Los varones que no migran, por decisión o exclusión, enfrentan una presión adicional: mantener su papel tradicional y competir simbólicamente con quienes sí migran y retornan con mayores ingresos (Bryant & Pini, 2009).

La imposibilidad de cumplir con el mandato del proveedor genera una crisis en las representaciones hegemónicas de la masculinidad, tanto en términos generales como en el contexto local, con implicaciones directas en la salud física y mental de los hombres (Jiménez, 2018). En escenarios de precariedad laboral como los que atraviesan muchas comunidades rurales y semirurales del estado de México (Chong *et al.*, 2015), esta imposibilidad se experimenta como una pérdida de valor social y

2 La zona oriente es una de las regiones que más trabajadores agrícolas envía a Canadá cada año (Díaz, 2019).

personal. Como respuesta, algunos varones recurren a estrategias de afrontamiento³ que incluyen el consumo de sustancias psicoactivas.⁴

La Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco (ENCODAT 2016-2017) reporta que, en el Estado de México, el 15.5% de los hombres consume alguna droga, frente al 5% de las mujeres. La brecha se amplía para sustancias ilegales (15.4% frente a 4.5%) y medicamentos con potencial de abuso (1.3% frente a 0.6%), evidenciando una

Se entiende aquí la hegemonía no en el sentido clásico de Connell (1995), sino como un concepto contextual y situado, que refiere a las formas dominantes de masculinidad construidas en un momento y espacio social determinados.

La zona oriente es una de las regiones que más trabajadores agrícolas envía a Canadá cada año (Díaz, 2019).

Se entiende por estrategias de afrontamiento las prácticas simbólicas, corporales y afectivas mediante las cuales los varones campesinos intentan sostenerse frente al desgaste y las tensiones que genera cumplir con los ideales tradicionales de masculinidad.

3 Se entiende por estrategias de afrontamiento las prácticas simbólicas, corporales y afectivas mediante las cuales los varones campesinos intentan sostenerse frente al desgaste y las tensiones que genera cumplir con los ideales tradicionales de masculinidad.

4 Las sustancias psicoactivas son compuestos químicos que, al ser introducidos en el organismo, actúan sobre el sistema nervioso central y producen alteraciones en los procesos mentales, emocionales o conductuales. Estas sustancias pueden modificar el estado de ánimo, la percepción, la cognición y el comportamiento, y abarcan una amplia variedad de compuestos, tanto legales como ilegales, incluyendo alcohol, tabaco, cannabis, opiáceos, estimulantes, alucinógenos, y algunos medicamentos con potencial de abuso (Organización Mundial de la Salud OMS, 2022).

Las sustancias psicoactivas son compuestos químicos que, al ser introducidos en el organismo, actúan sobre el sistema nervioso central y producen alteraciones en los procesos mentales, emocionales o conductuales. Estas sustancias pueden modificar el estado de ánimo, la percepción, la cognición y el comportamiento, y abarcan una amplia variedad de compuestos, tanto legales como ilegales, incluyendo alcohol, tabaco, cannabis, opiáceos, estimulantes, alucinógenos y algunos medicamentos con potencial de abuso (Organización Mundial de la Salud OMS, 2022).

Dimensión de género en el consumo. En las regiones rurales y semirurales del oriente mexicano, algunos campesinos emplean estas sustancias que funcionan como un recurso performativo que refuerza las expectativas sociales asociadas a representaciones esperadas en la masculinidad local, incluso a costa de la salud física y emocional (Möller-Leimkühler, 2003; Romaní, 1999).

Esta investigación se inscribe en el subcampo de los estudios de género de los hombres y las masculinidades, particularmente en la línea temática que aborda la salud emocional, el riesgo, la mortalidad y las adicciones. Si bien esta línea ha mostrado avances importantes, con al menos 22 investigaciones desarrolladas entre 1990 y 2014 (Núñez, 2017), son escasos los estudios que han vinculado de manera directa el consumo de drogas con la construcción de masculinidades. Trabajos como los de Brandes (2004), Ovalle et al. (2010), Moncada (2012) y Toquero (2014) han explorado esta relación, pero sin atender de forma específica a las experiencias situadas de varones insertos en el trabajo agrícola y rural.

Bajo este panorama, el presente artículo tiene como objetivo analizar cómo el consumo de drogas interviene en la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina entre campesinos del oriente del Estado de México. A partir de un enfoque cualitativo y desde el paradigma del curso de vida, se exploran las trayectorias biográficas de los varones mediante los siguientes ejes analíticos:

- a. las concepciones de masculinidad y la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina;
- b. las dificultades y malestares asociados al sostenimiento de dichos proyectos;
- c. el inicio del consumo de sustancias psicoactivas y su inserción en las dinámicas subjetivas y en los procesos de construcción de masculinidad; y
- d. los momentos de conciencia corporal frente al riesgo y al daño derivados del consumo.

De esa manera, este artículo se estructura en cuatro apartados centrales que permiten abordar la complejidad del fenómeno desde distintas dimensiones analíticas: en primer lugar, se exploran las concepciones de masculinidad y la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina entre los varones campesinos; en segundo lugar, se analizan las dificultades y malestares asociados al sostenimiento de dichos proyectos; posteriormente, se examina el inicio del consumo de sustancias psicoactivas y su inserción en las dinámicas subjetivas y en los procesos de construcción de la masculinidad; y finalmente, se abordan los momentos de conciencia corporal frente al riesgo

y el daño derivados del consumo, como puntos de inflexión que permiten tensionar y resignificar los mandatos masculinos hegemónicos.

Marco teórico

Para abordar esta problemática, se parte de la premisa de que las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas entre varones campesinos no deben interpretarse como decisiones individuales, sino como fenómenos sociales, culturales y afectivos. En particular, se reconoce que dichas prácticas son modeladas por estructuras de género, trayectorias laborales, procesos de subjetivación y dinámicas corporales específicas, configuradas dentro del entorno agrícola.

En este sentido, resulta pertinente recuperar la propuesta de Michel Herzfeld (1986) sobre la *poética de la hombría*, que concibe la masculinidad como un proyecto ideológico: un conjunto de narrativas, valores y prácticas culturalmente construidas que otorgan sentido a lo que significa “ser hombre” en un contexto determinado. Esta poética no se limita a atributos individuales, sino que se manifiesta en gramáticas simbólicas que regulan el comportamiento corporal, las expresiones emocionales y las formas de reconocimiento público. En los contextos rurales, tales gramáticas suelen articularse en torno a valores como la fuerza física, la resistencia al dolor, la autosuficiencia y el dominio del entorno, todos anclados en el trabajo agrícola.

Retomando a Pierre Bourdieu (2000), estos valores masculinos no son simples representaciones mentales, sino disposiciones que se incorporan corporalmente a través del habitus: sistemas duraderos de percepciones, valoraciones y

acciones que guían la interacción social. El habitus masculino campesino se forma en la práctica del trabajo físico cotidiano, en la disciplina de la faena agrícola y en la normatividad del silencio emocional. Junto con ello, el acceso diferencial a los capitales económico, social, simbólico y corporal determina la posición que los varones ocupan dentro del campo social, profundizando las jerarquías internas de masculinidad.

Estas dinámicas simbólicas están conectadas con los mecanismos de reconocimiento colectivo, particularmente en comunidades donde el honor y el prestigio operan como principios organizadores de las relaciones sociales (Herzfeld, 1986; Peristiany, 1965). En este esquema, el reconocimiento masculino se juega públicamente: trabajar, aguantar y no verbalizar el dolor otorgan estatus. Cuando estas prácticas se ven interrumpidas por desempleo, migración frustrada, enfermedad o deterioro físico, se produce una fractura en la identidad masculina. El consumo de sustancias puede ser interpretado, en este contexto, como una estrategia simbólica de reparación: un modo de sostener o reconstituir momentáneamente el lugar social amenazado.

Desde la dimensión subjetiva, el estudio retoma la teoría del deseo de Jacques Lacan (1977) para comprender el consumo como respuesta a una falta estructural que atraviesa al sujeto. Para Lacan, todo deseo surge de un vacío constitutivo imposible de colmar, y los sujetos, atrapados en esa carencia, buscan constantemente objetos que puedan suturar simbólicamente esa ausencia. En comunidades rurales y semirurales donde los ideales masculinos son inalcanzables o implican altos niveles de desgaste emocional y corporal, las sustancias operan como intentos momentáneos de sostener una identidad que se resquebraja. El

consumo no aparece como una elección racional o consciente, sino como una práctica compulsiva que permite soportar el peso de las expectativas sociales internalizadas.

Complementariamente, Michel Foucault (1988) ofrece herramientas para pensar el consumo como parte de las tecnologías del yo: prácticas mediante las cuales los individuos se modifican a sí mismos para alcanzar ciertos estados deseados de existencia. En ese sentido, las drogas no solo funcionan como anestesia corporal, sino como instrumentos activos de gestión de la percepción de sí: reforzar la resistencia, incrementar el rendimiento físico, evadir el dolor o sostener la imagen de fortaleza exigida por el entorno social.

El cuerpo, en esta lógica, no puede entenderse simplemente como una entidad biológica. Es, ante todo, un espacio simbólico donde se inscriben las tensiones entre lo que se exige, lo que se desea y lo que efectivamente se puede ser. El cuerpo que trabaja resiste, se fatiga y eventualmente se rompe; evidencia las fisuras de los mandatos de masculinidad. De allí que el consumo de sustancias deba ser abordado no solo como una práctica de riesgo, sino como una forma encarnada de lidiar con la distancia entre el ideal masculino campesino y la experiencia concreta del cuerpo vulnerable.

Finalmente, el presente estudio incorpora la noción de subjetividad fracturada para dar cuenta de la experiencia de los varones campesinos. La subjetividad no se presenta aquí como un núcleo coherente o estable, sino como una configuración múltiple y tensionada, atravesada por la carencia, la discontinuidad emocional y las exigencias normativas. En este marco, la supresión afectiva, la negación o inhibición sistemática de las

emociones se convierte en una estrategia de sostén simbólico de la masculinidad campesina. Sin embargo, también en una fuente de desgaste subjetivo que incrementa la necesidad de recursos externos (como el consumo) para mantener una apariencia de integridad.

Bajo estas perspectivas, el presente artículo se propone comprender cómo los varones campesinos resignifican las prácticas de consumo de sustancias en relación con sus trayectorias de vida, sus vínculos comunitarios y sus proyectos de masculinidad. Lejos de ofrecer una explicación totalizante, se busca abrir un campo de lectura que permita entender el consumo no solamente como síntoma individual, sino como una expresión asentada en las tensiones, malestares y afectos que configuran la masculinidad campesina contemporánea.

Metodología

Este estudio partió de una pregunta principal: ¿De qué manera el consumo de sustancias psicoactivas interviene en la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina entre campesinos del oriente del estado de México? Desde el inicio, el interés fue comprender no solo las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas, sino los sentidos que estas prácticas adquieren en las trayectorias de vida de los varones campesinos, atravesadas por el trabajo, los afectos, los mandatos de género y las tensiones del cuerpo.

Con base en esta pregunta, se definió un objetivo general: Analizar cómo el consumo de sustancias psicoactivas interviene en la construcción de los proyectos ideológicos de identidad

masculina entre campesinos del oriente del Estado de México. De este objetivo general se desprendieron cuatro objetivos específicos:

1. Explorar las concepciones de masculinidad que los varones campesinos sostienen en sus trayectorias de vida.
2. Identifica los malestares y dificultades asociados al sostenimiento de esos proyectos de identidad masculina.
3. Analizar los sentidos atribuidos al consumo de sustancias psicoactivas como forma de afrontar el desgaste, la presión y las rupturas vitales.
4. Comprende los momentos de inflexión en las trayectorias biográficas que favorecen la resignificación del cuerpo y de las prácticas de consumo.

Para alcanzar estos objetivos, se adoptó una estrategia metodológica cualitativa, orientada a recuperar las voces, las experiencias y los sentidos construidos por los propios varones. Más que buscar generalizaciones, el propósito fue comprender los entramados simbólicos, afectivos y corporales que modelan las formas de ser hombre en un contexto campesino (Denzin y Lincoln, 2011). El diseño de la investigación se apoyó en el paradigma del curso de la vida, propuesto por Glen H. Elder.

Este enfoque permitió analizar cómo las trayectorias individuales se configuran a partir de la interacción entre condiciones históricas, vínculos sociales y experiencias biográficas significativas (Elder, 1994; Elder & Giele, 2009). En particular, se prestó atención a los puntos de inflexión, entendidos como aquellos eventos o situaciones que provocan transformaciones en la dirección o el sentido de la vida de los sujetos.

El enfoque de curso de vida se incorporó de manera explícita en el diseño, la conducción y el análisis de las entrevistas en profundidad. Las entrevistas se estructuraron en clave biográfico-narrativa, con una guía semiestructurada organizada en tres ejes derivados del modelo de Elder y operacionalizados en dispositivos concretos:

- A. Contextos históricos y estructurales. Para situar la biografía en su tiempo, se abrió cada entrevista con un calendario de vida (life calendar) y una línea de tiempo elaborada junto con el interlocutor. Este recurso permitió ubicar cronológicamente cambios locales (reconversión agrícola, fluctuaciones de empleo, migración temporal (PTAT)) y contexto (cosecha/escasez, migración). También se consideraron variaciones en los precios y el clima, y relacionarlos con pasajes vitales (inicio laboral, salida de la escuela, nacimiento de hijos). Preguntas tipo: “*¿Qué estaba pasando en el pueblo/en el campo ese año?*”, “*¿Cómo afectó tu trabajo o tu salud?*”.
- B. Trayectorias vinculadas (linked lives). Se indagó la interdependencia entre la trayectoria del varón y la de sus familiares, parejas, cuadrillas y compadrazgos. Se utilizaron mapas de redes (familiares y laborales) para identificar figuras de influencia y momentos de apoyo/tensión. Preguntas tipo: “*¿Quién te enseñó a trabajar/beber/‘aguantar’?*”, “*¿Qué cambió en tu relación con tu pareja/hijos cuando empezaste o dejaste el consumo?*”.
- C. Transiciones y puntos de inflexión. Se profundizó en eventos transicionales (primer empleo formal en el campo, lesiones, duelos, crisis económicas, migración, juramentos o promesas religiosas) y en rupturas en hábitos de consumo. Se usaron

preguntas evocativas y de contraste temporal. Esto permitió reconstruir secuencias y los sentidos atribuidos al consumo (rendimiento, pertenencia, analgesia, negociación con el mandato de ‘aguantar’).

Todas las entrevistas incluyeron la co-construcción de líneas de tiempo y, cuando el interlocutor aceptó, un registro por hitos (escuela, primer jornal, primer consumo, eventos de salud, cambios de pareja, juramentos/mandas). Al análisis se aplicó una matriz que cruzó edad/etapa (adolescencia, ingreso a la vida laboral, formación de familia), transiciones (lesión, muerte de un pariente, pérdida de empleo), vínculos (padre, pareja, cuadrilla, compadre, patrón), contexto (cosecha/escasez, migración), sentidos del consumo (soporte corporal, pertenencia, resistencia, escape) y puntos de inflexión (juramentos, enfermedad, nacimiento de hijos).

Se contrastaron los relatos individuales con observación etnográfica en faenas (siembra de maíz, manzanilla, tomate y hierbas medicinales) y diálogos incidentales en espacios comunitarios. Se atendió a marcadores somáticos (dolor, cansancio, sueño, ritmo del trabajo) y a metáforas locales (“aguantar”, “quebrarse”, “curarse”) como índices de agencia situada y de negociación con el mandato de masculinidad. Se ofrecieron pseudónimos, consentimiento informado y posibilidad de pausar/omitir episodios sensibles. Con estos procedimientos, el enfoque de curso fue un soporte operativo para preguntar, escuchar y analizar. Permitted ordenar cronológicamente las experiencias, vincular biografía y estructura. Además, permitió identificar cómo ciertas transiciones y puntos de inflexión

ordenan cronológicamente las experiencias y vinculan la biografía con la estructura. También ubican cómo determinadas transiciones y puntos de inflexión reconfiguran el cuerpo, el trabajo y los proyectos ideológicos de identidad masculina, así como los sentidos del consumo de sustancias en un contexto campesino.

El trabajo de campo se desarrolló a lo largo de ocho meses. Durante los fines de semana de los meses de octubre, noviembre y diciembre de 2024, se llevó a cabo observación etnográfica en los campos donde los trabajadores de San Matías Cuijingo laboran en la siembra de maíz, manzanilla, tomate y hierbas medicinales. Esta etapa permitió observar de cerca las dinámicas laborales, los vínculos comunitarios y las prácticas corporales que sostienen los modos de construcción de la masculinidad campesina.

En los meses de febrero y marzo de 2025, se llevaron a cabo entrevistas en profundidad a ocho varones de entre 18 y 45 años, habitantes de Cuijingo, cuyas trayectorias tienen que ver con el trabajo agrícola y el consumo de sustancias psicoactivas. Estas entrevistas permitieron reconstruir sus historias de vida, identificar momentos de inflexión y explorar cómo resignifican el trabajo, el cuerpo y el consumo en sus proyectos de identidad masculina. Además de las entrevistas formales, el trabajo de campo incluyó múltiples diálogos incidentales con mujeres y otros varones en los campos agrícolas, convivencias comunitarias y espacios locales. Estos intercambios permitieron captar aspectos menos visibles de las prácticas de género y de los sentidos atribuidos al consumo de sustancias psicoactivas.

De esa manera, la observación buscó interpretar los significados culturales inscritos en el trabajo, la convivencia

y las dinámicas corporales (Geertz, 1973; Spradley, 1980). La selección de interlocutores se realizó mediante un muestreo por bola de nieve, partiendo de referencias de miembros de la comunidad. Se optó por hablar de interlocutores y no de informantes o colaboradores, para destacar la dimensión dialógica de la investigación: los sujetos no solo transmitieron datos, sino que participaron activamente en la construcción de sentido.

Los relatos recogidos dieron cuenta de diversas modalidades de consumo de sustancias psicoactivas. El alcohol, relacionado con rituales de pertenencia y resistencia (Óscar y Carlos); la marihuana, utilizada para aliviar el tedio y el desgaste emocional (Marco); y la piedra y la cocaína, empleadas para sostener el rendimiento corporal o enfrentar situaciones de tensión emocional (Nelson, Juan, Daniel, Roberto y Fernando). El consumo de sustancias psicoactivas apareció en los relatos como parte de una red de significados ligados al esfuerzo, la pertenencia, el desgaste y los afectos masculinos. Desde esta perspectiva, el consumo se entiende como una forma de afrontar las tensiones que genera sostener los ideales esperados en los proyectos ideológicos de identidad masculina entre los campesinos.

Las concepciones de masculinidad y la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina

Los testimonios de los varones campesinos permiten observar que sus proyectos ideológicos de identidad masculina se estructuran principalmente alrededor de dos ejes fundamentales: la responsabilidad económica y el comportamiento social normativo.

Aunque no son los únicos,⁵ estos dos pilares configuran sentidos centrales de lo que significa “ser hombre campesino”, reproducidos a través de prácticas corporales, disposiciones afectivas y normas de conducta interiorizadas desde etapas tempranas de la vida. Nelson sintetiza de manera explícita el ideal masculino de ser sustento económico, ubicado en el núcleo del proyecto ideológico de identidad masculina: “Pues ser hombre es ser un sustento para la familia”. Tener la responsabilidad de formar una familia y ser su sustento principal. Nelson, entrevista, Cuijingo.

Este significado de la masculinidad como responsabilidad económica no solo articula la capacidad de producir dentro del entorno agrícola, sino que también delimita su valor social: ser proveedor se convierte en un criterio fundamental para la validación masculina. El honor masculino (Peristiany, 1968) se construye en actos visibles de responsabilidad, trabajo y cumplimiento de obligaciones. Sin embargo, la incorporación a este proyecto de identidad no es inmediata: implica un proceso de adaptación corporal y emocional al esfuerzo físico, como relata el mismo Nelson al hablar de su tránsito desde la escuela hacia el trabajo en el campo: “Me arrepentía un poco porque, pues, no estaba acostumbrado. Yo era un niño totalmente de escuela. Me cansaba mucho, hasta que mi cuerpo se fue acostumbrando y fui agarrando el ritmo.” (Nelson, entrevista, Cuijingo).

5 En mi investigación doctoral describí de manera más amplia los ideales y antinomias que conforman los proyectos ideológicos de identidad masculina, en este trabajo me interesa centrarme en aquellos ejes que los propios varones campesinos reconocen como significativos en sus trayectorias. Si bien estos sentidos no escapan de los ideales previamente identificados, en su experiencia destacan especialmente dos dimensiones que funcionan como los principales ejes estructurantes de su identidad masculina.

Aquí se observa cómo la masculinidad campesina se inscribe en el cuerpo a través de un proceso de habituación, donde el cansancio y el dolor inicial se resignifican como parte del aprendizaje de ser hombre. Esta experiencia da cuenta de la formación de un *habitus* corporal (Bourdieu, 2000), en el que la resistencia física se naturaliza como un componente indispensable de la identidad de género.

Paralelamente, los relatos de Marco y Óscar muestran que el proyecto ideológico de identidad masculina también se ancla en normas de comportamiento social, orientadas a la cortesía, el respeto y el autocontrol:

En mi investigación doctoral describí de manera más amplia los ideales y antinomias que conforman los proyectos ideológicos de identidad masculina; en este trabajo me interesa centrarme en aquellos ejes que los propios varones campesinos reconocen como significativos en sus trayectorias. Si bien estos sentidos no escapan de los ideales previamente identificados, en su experiencia destacan especialmente dos dimensiones que funcionan como los principales ejes estructurantes de su identidad masculina.

Pues me dijeron que para ser hombre pues que tenía que respetar a las personas, que tenía que tener valores de cómo saber tratar a las personas. [...] Siempre me dijeron que tuviera que hacer respeto y pues también, pues respetar a las mujeres más que nada.” (Marco, entrevista, Cuijingo).

Cuando éramos niños, pues nos teníamos que portar bien, obedecer a los patrones [...]. Yo decía: ‘¿van a trabajar o se van a emborrachar?’, porque a mí no me gustaba eso.” (Óscar, entrevista, Cuijingo).

Estas normas articulan un ideal de masculinidad basado en la responsabilidad social y la disciplina moral, coherente con los valores comunitarios del ámbito campesino. El respeto a las figuras de autoridad, la cortesía cotidiana y el rechazo inicial al consumo de alcohol en el trabajo expresan una moral que combina el rendimiento físico con la conducta social esperada.

Sin embargo, los relatos también muestran que estos ideales no son fijos ni inmutables. Con el tiempo y las transformaciones laborales y culturales, los hombres negocian estas normas. Oscar, por ejemplo, relata cómo la prohibición inicial del alcohol en las faenas se va flexibilizando en el tiempo: “En ese tiempo yo les decía, no, no me gustaba una cerveza [...]. Ahorita, pues, después del trabajo, a veces sí una cerveza.” (Oscar, entrevista, Cuijingo).

Este tránsito sugiere que los proyectos ideológicos de identidad masculina son procesos dinámicos, que se adaptan a las condiciones históricas, económicas y relacionales del entorno rural, dando lugar a masculinidades situadas, con matices y cambios.

Otro ideal relevante que emerge de los relatos es el de la limpieza corporal. Aunque el trabajo en el campo implica ensuciarse por el contacto con la tierra, los varones coinciden en que deben regresar a casa, bañarse y presentarse aseados, sobre todo para asistir a espacios públicos como el centro del pueblo o la iglesia. Oscar lo explica así: “Me baño, me recuesto un ratito, a ver tele, según yo, y ya después me salgo, quedando en lo de las fiestas y eso; ya me voy con el cohete. Entonces, ya regreso a la casa a veces como a las nueve, ocho y media; depende de lo tardado que sea también la misa o el rosario que hacen.” (Oscar, entrevista, Cuijingo).

Entre los varones más jóvenes, el ideal de cuidar el cuerpo se articula no solo a través de la limpieza, sino también de otras prácticas como asistir al gimnasio, buscando una imagen corporal activa y aceptada socialmente:

Pues ahorita estoy trabajando con mi papá. Él me levanta como a las cuatro y media, cinco de la mañana. Llegamos, trabajamos en el campo y terminamos más o menos como al mediodía. Luego regresamos a la casa; lo primero que hago es ir a abrazar a mi mamá, comemos, me baño, y ya después me voy al gimnasio. (Fernando, entrevista, Cuijingo).

Estos relatos muestran cómo los ideales masculinos combinan prácticas tradicionales como la limpieza después del trabajo con otras más contemporáneas como el ejercicio físico organizado, marcando continuidades y cambios en las formas de habitar el cuerpo masculino campesino. Por lo tanto, en Cuijingo, los proyectos ideológicos de identidad masculina en los campesinos se configuran a partir de tres procesos que se entrelazan. Estos son: 1) la responsabilidad económica como núcleo de la identidad, 2) la incorporación corporal al trabajo agrícola y 3) la interiorización de normas de comportamiento social. Ser hombre implica sostener a la familia, aguantar el esfuerzo físico sin quejarse y comportarse con respeto y autocontrol en la vida comunitaria. Estas prácticas, que se aprenden y encarnan desde edades tempranas, no son estáticas: los relatos muestran que los varones negocian y adaptan estos ideales conforme cambian sus trayectorias laborales, afectivas y corporales. Así, la masculinidad campesina articula continuidad y cambio, sosteniéndose en valores tradicionales, pero también abriendo márgenes de transformación.

Esquemas de distinción y diferenciación

En los relatos de los hombres campesinos de Cuijingo, los proyectos ideológicos de identidad masculina se construyen como una práctica situada que se legitima en el terreno del cuerpo y el trabajo. No se trata únicamente de “ser hombre”, sino de serlo *de la manera correcta*, es decir, mediante una forma específica de producir, resistir y habitar el mundo campesino. La masculinidad se constituye como un campo de distinción simbólica, donde el capital corporal y la disposición al esfuerzo configuran jerarquías de valor que separan a los “hombres de verdad”⁶ de aquellos cuyas capacidades físicas o morales se ponen en duda. Esta distinción se encarna en un habitus masculino que, lejos de ser un simple reflejo cultural, opera como un sistema de disposiciones incorporadas que orientan la acción, la percepción del trabajo y la organización afectiva del dolor y la fatiga. Así, el cuerpo es a la vez el depositario y el agente de la estructuración social (Bourdieu, 1998).

Durante el trabajo de observación pude notar que en los varones campesinos existe una lógica aparente de trabajar sin descanso, sin ayuda externa y sin verbalizar el cansancio. Esto se vuelve una práctica de acumulación de capital simbólico que consolida la posición de un hombre en la estructura moral del campo: “Así es como me enseñaron a mí y a mis hermanos a ser hombres, a trabajar desde niños y aguantar. Así deben ser los hombres aquí” (Daniel, entrevista, Cuijingo, 2025).

6 Los varones de la comunidad usan este término para referirse a varones que cumplen con los ideales de un proyecto ideológico de identidad masculina deseable.

El trabajo no es simplemente un medio de subsistencia, sino una gramática moral encarnada, un dispositivo de reconocimiento social donde quien resiste el dolor o las inclemencias del clima se convierte en un referente de valor moral. Esta ética de la resistencia, que en principio tiene un origen funcional, adquiere fuerza normativa y se convierte en un criterio de clasificación entre sujetos: “Yo rindo lo que rindo, pero sin nada de eso (sustancias), yo nunca he necesitado de eso para trabajar” (Carlos, entrevista, Cuijingo, 2025).

El pasaje muestra cómo el trabajo opera como una gramática; la frase de Carlos “rindo sin nada” traza una frontera moral: la sobriedad se capitaliza como autocontrol y valor masculino, mientras el consumo queda marcado como dependencia o “trampa”. Así, el cuerpo funciona como prueba pública de mérito y pertenencia, a la vez que eleva el costo de admitir límites o pedir ayuda, empujando a ocultar prácticas o forzar el rendimiento. En ese marco, las sustancias pueden operar también como tecnologías del yo para sostener la faena cuando la norma de aguantar sin apoyos resulta inalcanzable.

El campo simbólico en el que estas valoraciones circulan no se limita a las relaciones locales, sino que también traza fronteras frente a sujetos foráneos. Así lo muestra Oscar al aludir al ingreso reciente de trabajadores haitianos al oriente del Estado de México:

Porque aquí, como decimos, el trabajo es pesado y para ellos, pues, sí, es pesado. ¿Por qué? Porque nunca lo han trabajado, nunca lo han hecho este trabajo de por acá... cuando vienen aquí a trabajar al campo, pues, no la aguantan y yo creo que por

eso se van como para allá, para la ciudad... para donde está más fácil el trabajo, nosotros decimos. (Oscar, entrevista, Cuijingo, 2025).

Este fragmento revela cómo la distinción simbólica no se limita a una disputa entre pares locales, sino que traza fronteras entre lo propio y lo foráneo, entre quienes tienen el cuerpo “hecho para el trabajo” y quienes fracasan en su incorporación. El campo social del trabajo agrícola se estructura como un espacio donde el cuerpo se construye no solo como medio de producción, sino como principio de clasificación (Bourdieu, 1991). Aquellos que no logran adaptarse a sus exigencias físicas, ya sean extranjeros o no iniciados, se excluyen simbólicamente del estatus viril legítimo.

En este sentido, el testimonio de Oscar no expresa simplemente una percepción laboral; moviliza una lógica de diferenciación donde el cuerpo campesino se convierte en capital. La idea de que los otros “no aguantan” no remite únicamente a una diferencia en habilidades físicas, sino a una forma de deslegitimar su masculinidad frente al modelo campesino local. Trabajar la tierra, resistir el clima, no quejarse, madrugar todos los días sin importar las condiciones, se vuelven signos visibles de una masculinidad válida, mientras que quienes no cumplen con esas expectativas se relegan simbólicamente a una categoría inferior, incluso si su presencia en la comunidad es laboralmente funcional.

De este modo, la masculinidad campesina se afirma no solo en el cumplimiento del trabajo, sino en su manera de hacerse: con dolor silenciado, con fatiga abrazada como virtud, con un cuerpo que, aunque se desgaste, no se quiebra. La corporalidad se

convierte en el texto donde se escribe la virilidad, en un registro que, como señala Herzfeld (1985), se lee comunitariamente a través de lo que él denomina la poética del honor: “una estética moral en la que los actos, los cuerpos y las palabras son interpretados como signos de virtud o de vergüenza”.

Así, el prestigio masculino se sostiene a través de una vigilancia moral informal, donde el reconocimiento o el desprestigio circulan comunitariamente, configurando una narrativa colectiva sobre quiénes son los hombres “de verdad”. Como afirma Juan, al describir a un campesino reconocido: Aquí todo se sabe. “Él es muy trabajador, muy disciplinado y muy responsable en lo que hace” (Juan, entrevista, Cuijingo, 2025).

Esta lógica recuerda también el análisis de Peristiany (1965) sobre el honor, donde la masculinidad se prueba en los hechos y no en las palabras: “El honor es algo que se realiza ante los ojos de los demás, a través de actos concretos y públicos” (Peristiany, 1965: 10). En ese sentido, la masculinidad campesina en Cuijingo se configura como un sistema simbólico de distinción corporalizada, donde el trabajo físico no es simplemente actividad económica, sino el fundamento sobre el cual se ordenan los valores, se distribuyen los reconocimientos y se jerarquizan las subjetividades. La figura del campesino que “aguanta” se convierte en el emblema viril dominante, y frente a ella, toda alteridad: el flojo, el migrante, el extranjero, aparece como amenaza o desviación moral.

Esta lógica de distinción estructurada reproduce y legitima una moral del sacrificio, organizando la vida masculina en el campo y moldeando las formas de masculinidad campesina. Estos procesos, situados en un contexto de trabajo físico exigente,

precarización económica y cambios culturales, constituyen el marco simbólico y corporal desde el cual también se entienden las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas. Como se explorará en los apartados siguientes, el consumo funciona como una estrategia para sostener los proyectos masculinos frente al desgaste del cuerpo, la presión social y las fracturas subjetivas que atraviesan sus historias.

Dificultades y malestares asociados al sostenimiento de proyectos ideológicos de identidad masculina

Los testimonios de los varones campesinos revelan que sostener los proyectos ideológicos de identidad masculina implica enfrentar considerables tensiones emocionales, afectivas y simbólicas. Aunque los ideales de ser proveedor, robusto y respetuoso están internalizados como parte del deber ser masculino, en la experiencia subjetiva aparecen fisuras, dudas y sentimientos de insuficiencia que generan malestar. Una de las dificultades recurrentes es la presión constante por responder a un ideal de masculinidad que se percibe como inalcanzable o difuso. Juan lo expresa de manera clara: “Sentía mucha presión, como si tuviera que ser ese hombre que te dicen, pero no hay una forma clara de cómo serlo.” (Juan, entrevista, Cuijingo)

Este fragmento ilustra la subjetividad fracturada: el sujeto masculino interioriza mandatos normativos, pero en su vivencia concreta experimenta una distancia entre esos ideales y sus propios recursos afectivos y emocionales. El esfuerzo por alcanzar una imagen masculina idealizada, sin contar con guías claras ni espacios legítimos para expresar la vulnerabilidad, produce un malestar persistente. En el caso de Juan, la

presión simbólica fue tan intensa que lo llevó a buscar ayuda psicológica, un gesto poco habitual en contextos rurales donde el autocuidado emocional no suele formar parte del repertorio masculino legítimo.

Otro elemento crucial en la configuración de estos malestares es la supresión afectiva que los varones aprenden desde edades tempranas. Fernando habla de forma contundente de las expectativas normativas: “Un hombre no debe llorar, un hombre debe mostrarse fuerte. Un hombre debe ser bueno para trabajar, y sí, eso.” (Fernando, entrevista, Cuijingo).

Esta exigencia de autocontrol emocional contribuye a que, ante situaciones de duelo o dolor profundo, los varones experimenten sentimientos de desamparo y bloqueo afectivo. Roberto, por ejemplo, relata su vivencia tras la muerte de su abuelo, un episodio que marcó su adolescencia: “Pues el único varón que estaba en la casa de mi papá era yo. Me dio miedo, no sabía ni cómo reaccionar, hasta que llegaron los otros varones de la familia.” (Roberto, entrevista, Cuijingo).

Su relato muestra cómo, en ausencia de figuras masculinas de contención inmediata, surgen emociones de miedo, soledad e impotencia, las cuales, culturalmente, no tienen un espacio legítimo de expresión en los modelos tradicionales de masculinidad campesina. La vivencia del duelo también revela la tensión entre el mandato de fortaleza y la necesidad emocional de desahogo. A pesar de que se espera que los varones no lloren, Roberto narra que finalmente lloró: “Pues sentía mucha impotencia porque ya no me pudo ver, porque sí le rogaba a mi abuelita entre lágrimas que me llevara al hospital para poder verlo, tan siquiera por última vez.” (Roberto, entrevista, Cuijingo).

El llanto aparece aquí como una forma inevitable de respuesta emocional ante la pérdida, pero también como una fuente de conflicto interno. Roberto no solo lamenta la ausencia de su abuelo, sino que expresa un deseo de demostrarle que había superado episodios pasados de consumo de drogas. El anhelo de validación masculina a través del reconocimiento del abuelo atraviesa todo su testimonio: “Es lo que más deseaba, que mi abuelito me viera que no me iba a tirar a las drogas, sino que me iba a superar.” (Roberto, entrevista, Cuijingio).

Tanto Roberto como Fernando y el resto de los interlocutores muestran que el proyecto ideológico de masculinidad no solo impone ideales de comportamiento, sino que también produce un sistema de expectativas cruzadas entre generaciones. La figura del abuelo como referente de legitimidad masculina subraya la importancia simbólica de “ser visto” y “ser aprobado” como hombres en el seno familiar, reforzando la presión por cumplir con un modelo de masculinidad que no a menudo resulta accesible.

Estos relatos permiten entender que las dificultades y malestares asociados a los proyectos de identidad masculina campesina no son solo individuales, sino que están estructurados culturalmente. La exigencia de fortaleza emocional, el mandato de productividad económica y la ausencia de espacios legítimos para el reconocimiento de la vulnerabilidad configuran un terreno fértil para el desgaste subjetivo. En este contexto, como se analizará más adelante, el consumo de sustancias psicoactivas emerge como una estrategia para sostener, aunque sea temporalmente, los mandatos que pesan sobre el cuerpo y la subjetividad de los varones.

Inicio del consumo de sustancias psicoactivas y su inserción en las dinámicas subjetivas y en los procesos de construcción de masculinidad

El inicio en el consumo de sustancias psicoactivas entre los varones campesinos no suele producirse como una ruptura repentina. Es un proceso que se inscribe en sus trayectorias vitales, atravesado por experiencias afectivas, vínculos familiares frágiles, accesibilidad a las drogas y mandatos de género que desalientan la expresión emocional. La entrada al consumo está marcada por el contexto, la curiosidad, la búsqueda de alivio o la necesidad de pertenencia. En muchos casos ocurre en la adolescencia, una etapa en la que ya se han comenzado a interiorizar ciertos mandatos masculinos como la autosuficiencia, la fortaleza emocional y el rechazo a la debilidad.

Marcos relata cómo su primer contacto con la marihuana ocurrió a los 14 años, en un espacio cotidiano del pueblo (las maquinitas) y mediado por una figura conocida. Lo que al inicio le atrajo fue el olor y la promesa de una sensación placentera, distinta a la rutina:

Vi que la desabrochó (una pulsera) y empezó a fumar, pues llegó un olor, no sé, me olió rico, a frutas [...]. Me dijo: 'te hace sentir bonito, te saca de la realidad' [...]. Y pues ahí quedó la plástica. Después en otro lugar me dijo, ¿no quieres? [...] y ahí fue cuando la probé por primera vez. (Marcos, entrevista, Cuijing).

La narración da cuenta de un acceso informal, no coercitivo, pero cargado de significados. El consumo no surge como una transgresión violenta, sino como una experiencia de exploración afectiva en un entorno donde ya se percibe cierta

ausencia emocional. En palabras del propio Marcos, el efecto de la sustancia funcionó como una forma de compensar la distancia afectiva con su padre: “Me sentía relajado. [...] Porque pues, al sentir la ausencia de mi padre, a veces me sentía mal, me sentía raro [...]. Algunas personas me hacían burlas que nomás tenía papá cada seis meses.” (Marcos, entrevista, Cuijingo).⁷

Aquí el consumo aparece ligado a la vivencia del abandono simbólico y a la falta de reconocimiento. La droga no solo cumple una función fisiológica, sino que opera como una tecnología emocional que, momentáneamente, le permite a Marcos sostenerse en medio de una carencia afectiva que no puede nombrar ni canalizar por otras vías.

En el caso de Federico, el ingreso al consumo ocurrió en la preparatoria, también durante la adolescencia. A diferencia de Marcos, él se inicia con cristal, una droga más potente, de accesibilidad inmediata en su entorno escolar: “Creí que era más difícil conseguirla [...]; no sabía que la prepa estaba infestada de eso. A la hora de inhalarlo, recuerdo que sentí como un alivio.” (Federico, entrevista, Cuijingo)

Al igual que Marcos, Federico no asocia el inicio del consumo a un momento de ruptura dramática, sino a una conjunción entre disponibilidad, curiosidad, y efectos placenteros. Sin embargo, en su relato surge una dimensión crítica: el bajo costo, la normalización en el entorno inmediato y la facilidad para adquirirla con el dinero que recibía como gasto diario. Es decir, la droga no solo está presente, sino que es accesible, cotidiana,

7 El papá de Marcos pertenece al Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales PTAT, por lo que se encuentra 6 meses en Canadá y 6 meses en Cuijingo.

cercana: “100 pesos me alcanzaba como para tres días” [...] Era lo que más o menos me daban de recreo.” (Federico, entrevista, Cuijingo)

Así mismo, el testimonio de Oscar refuerza esta dimensión estructural. Señala que en contextos rurales como Cuijingo, los niños y adolescentes inician actividades laborales agrícolas desde los 12 o 13 años, ganando dinero propio desde muy temprano, lo que incrementa la autonomía de consumo sin regulación adulta:

Niños de 12 o 13 años ya ganan lo del día, y tú ves en un 15 de septiembre al niño que va, paga uno de 500, da una botella y ya siente que las puede. [...] Tú le dices eso, y te dicen: ‘Es mi dinero’. Y en parte tienen razón.” (Oscar, entrevista, Cuijingo).

Esta narrativa pone en evidencia que el inicio del consumo no puede entenderse fuera del contexto económico y simbólico en el que se desarrolla. La capacidad de ganar dinero propio a una edad temprana se convierte en un marcador de autonomía masculina, pero también habilita prácticas de consumo sin contención, enmarcadas por discursos de autosuficiencia y derecho individual.

Aquí el consumo aparece como una forma de “tecnología del yo”, en los términos de Michel Foucault (1988): una práctica mediante la cual los sujetos buscan transformarse a sí mismos, gestionar sus emociones y sostener una cierta imagen de resistencia frente a la fragilidad. No es solo una evasión, es un acto que busca reforzar la estabilidad de una identidad tensionada por la falta afectiva.

En ese sentido, los relatos muestran que el inicio en el consumo de sustancias psicoactivas está atravesado por

varias dimensiones: 1) La búsqueda de experiencias nuevas y sensaciones agradables. 2) La necesidad de alivio emocional frente a ausencias o violencias simbólicas. 3) El deseo de pertenencia o reconocimiento entre pares. 4) La disponibilidad y facilidad de acceso en contextos escolares y laborales. 5) La legitimación implícita del consumo como signo de madurez o de “aguante”.

Momentos de conciencia corporal frente al riesgo y el daño derivados del consumo

En los relatos de los varones campesinos entrevistados, el cuerpo no solo aparece como instrumento de trabajo, sino como el espacio donde se inscriben los mandatos masculinos y, también, sus límites. La práctica del consumo de sustancias psicoactivas, inicialmente incorporada como una forma de aguantar el trabajo, calmar el dolor emocional o rendir más, comienza a generar momentos de quiebre cuando sus efectos afectan la integridad física, la autoestima o la capacidad de sostener el ritmo cotidiano. En esas fisuras, surge una conciencia corporal que abre la posibilidad de parar, repensarse o, al menos, verbalizar el malestar. Fernando lo expresa claramente al describir cómo el uso del “Crico” (cristal) está directamente ligado a las exigencias del trabajo agrícola: “Para eso lo utilizamos el Crico, ¿no?, para aguantar, o sea, todo: el desvelo, la hambre, la deshidratación del cuerpo, todo eso. Porque sí, como te digo, sí son unas friegas muy, muy cabronas.” (Fernando, entrevista, Cuijingo, 2025).

En este contexto, la droga se presenta como una extensión del mandato de aguante. La productividad corporal se convierte en prioridad, incluso a costa del bienestar. Sin embargo, con el paso del tiempo, el cuerpo comienza a responder con señales de

alarma. Roberto lo relata así: “Después me da pa'bajo, como tres días; no como, solo quiero líquido. Se siente de la chingada, no duermo.” (Roberto, entrevista, Cuijingo, 2025)

Estos malestares no son percibidos como meros efectos secundarios, sino como señales inquietantes que transforman la relación con el cuerpo y con la sustancia. Aparece entonces una inquietud creciente, una sensación de vulnerabilidad que tensiona el ideal de fortaleza y control. Juan describe cómo su cuerpo dejó de responder igual: “Yo ya no la aguanto como antes... me truena la espalda, me arden los pulmones, tengo que parar, aunque sea unos días.” (Juan, entrevista, Cuijingo, 2025).

En este tipo de experiencias, el cuerpo pasa de ser un soporte silencioso de la masculinidad a volverse un interlocutor incómodo. El dolor, el agotamiento o el miedo a enfermarse permiten interrumpir (aunque sea de forma temporal) el *habitus* del aguante. En ese quiebre se produce lo que Elder (1994) denomina un punto de inflexión: una experiencia que cambia la dirección de la trayectoria vital. Roberto lo expresa con crudeza: “Dejé de meterme porque sentí que me iba a morir. Me quedaba sin aire en la noche... Me asusté, me fui calmando.” (Roberto, entrevista, Cuijingo, 2025).

Estos momentos de conciencia corporal también están vinculados a experiencias afectivas significativas, como la paternidad. Juan lo explica de forma clara: “Me calmé cuando nació mi hija. Ya no era yo solo, ya no podía andar todo loco.” (Juan, entrevista, Cuijingo, 2025).

Aquí el cuidado del cuerpo no aparece como una práctica situada, vinculada a relaciones concretas y al reconocimiento de la propia fragilidad frente a nuevas responsabilidades. Daniel,

por ejemplo, reconoce el deterioro físico causado por el consumo: pérdida de peso, fatiga persistente, debilitamiento; reflexiona: “Ya cambié mucho. Me veo con ojeras, estoy muy flaco de la cara. Una vez mis compañeros del trabajo me dijeron que me veía como verde de la cara.” (Daniel, Cuijing, 2025).

La imagen corporal, en este caso, se convierte en un espejo donde se visibiliza el desgaste. Lo que alguna vez fue asociado a fortaleza (trabajar mucho, no descansar, no comer bien) se vuelve un signo de deterioro. En esa percepción propia y ajena se activa una conciencia crítica. La preocupación no solo es física. Aparece también el reconocimiento de afectaciones cognitivas, como lo señala Marcos, quien consume marihuana: “Los efectos secundarios también de eso son la pérdida de memoria. Se me olvidan re fácil así. [...] Mi mamá lo ha notado, que dice, no manches, te decimos algo y se te olvida rápido.” (Marcos, Cuijing, 2025).

La memoria, la concentración y la capacidad de sostener tareas simples se ven comprometidas, lo que impacta tanto la percepción de sí como el reconocimiento social. Este tipo de deterioro, aunque paulatino, se vuelve insostenible para los interlocutores que valoran la responsabilidad y el autocontrol como ejes de su masculinidad.

Incluso en medio de los ideales del proyecto ideológico de identidad masculina, se abren pequeñas grietas: pausas, días de descanso, verbalización del cansancio. Fernando lo resume con claridad: “Cuando me canso, a veces paro tantito, me siento en la orilla del surco. Me quito los guantes, estiro la espalda...” (Fernando, entrevista, Cuijing, 2025). Marco complementa con una reflexión sobre la alimentación y el autocuidado: “Yo digo,

pues si el cuerpo te está dando, hay que darle, ¿no? Pero también, si no le das de comer, a largo plazo te va a cobrar una factura.” (Marco, entrevista, Cuijing, 2025)

Estas frases muestran cómo los varones comienzan a identificar que el cuerpo no es ilimitado. Ya no es solo una máquina de trabajo, sino también un lugar de cuidado potencial. No se trata de abandonar los valores del esfuerzo, sino de reconocer que ese esfuerzo tiene un costo y que cuidarse también puede ser una forma legítima y masculina de resistir.

En suma, los momentos de conciencia corporal frente al daño del consumo marcan puntos de inflexión donde los varones campesinos cuestionan temporalmente la lógica del rendimiento absoluto. En estos momentos, el cuerpo deja de ser silencioso y se convierte en una voz que interpela: a veces con dolor, a veces con miedo, a veces con deseo de cambiar. Y aunque el mandato de aguantar persiste, en esas pausas se ensayan otras formas de habitar la masculinidad, donde el cuidado ya no es incompatible con el trabajo, y el cansancio deja de ser una vergüenza para volverse una señal que merece atención.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación se indagó cómo el consumo de sustancias psicoactivas se relaciona con la construcción de los proyectos ideológicos de identidad masculina entre varones campesinos del oriente del estado de México. Lejos de tratarse de un fenómeno aislado o individual, el consumo forma parte de un conjunto más amplio de significados ligados al cuerpo, al trabajo, a los afectos y a las formas en las que se espera “ser hombre” en contextos rurales.

Los testimonios recogidos muestran que la masculinidad campesina se construye, en buena medida, a partir del esfuerzo físico, la responsabilidad económica, el silencio emocional y la capacidad de resistir el dolor. En este marco, el cuerpo se vuelve un lugar donde se inscriben los mandatos de género: un cuerpo que no solo produce y rinde, sino que se exige, se calla y, muchas veces, se desgasta. Frente a esa presión constante, el consumo de sustancias aparece como una forma de sostener el ritmo, de apaciguar el malestar o simplemente de acompañar la soledad.

Sin embargo, también emergen relatos que revelan otra posibilidad: la conciencia de los propios límites, el reconocimiento del desgaste y la decisión, a veces sutil, a veces contundente, de detenerse. Dejar de consumir, buscar ayuda, tomar un respiro, hablar del miedo o del cansancio: son gestos que, aunque parezcan pequeños, cuestionan los ideales de los proyectos de identidad masculina campesina.

Este trabajo también invita a matizar la idea de que los varones del campo no se cuidan. Si bien el cuidado no siempre se expresa de forma abierta o continua, los relatos dan cuenta de momentos clave: una enfermedad, un susto, el nacimiento de una hija, en los que los hombres detienen la marcha y piensan en sí mismos. Esos puntos de inflexión, aunque breves, muestran que el cuidado puede ser compatible con la fuerza, y que reconocer la vulnerabilidad no implica abandonar la masculinidad, sino habitarla de otro modo.

Lejos de idealizar o juzgar las trayectorias de estos varones, esta investigación busca comprenderlas en su complejidad, reconociendo que los campesinos no son figuras rígidas ni ajenas al cambio. Son sujetos atravesados por tensiones, con formas

propias de nombrar, enfrentar y a veces transformar el dolor. Y en esos procesos, también se abren posibilidades para imaginar otras formas de ser hombre en el campo.

Referencias

- Brandes, S. (2004). "Buenas noches, compañeros". Historias de vida en Alcohólicos Anónimos. *Revista de Antropología Social*, (13), 113–136.
- Brandth, B., & Haugen, M. S. (2005). Doing rural masculinity From embodied practice to cultural representation. *Journal of Gender Studies*, 14(1), 21–36. <https://doi.org/10.1080/0958923042000331452>
- Bryant, L., & Pini, B. (2009). *Gender and rurality*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203848289>
- Calvario Parra, J. E. (2016). La construcción social del peligro y el género en los jornaleros agrícolas del poblado Miguel Alemán, México. *Culturales*, 4(1), 33–60.
- Campbell, H., Bell, M. M., & Finney, M. (2006). *Country boys: Masculinity and rural life*. Pennsylvania State University Press.
- Capraro, R. L. (2000). Why college men drink: Alcohol, adventure, and the paradox of masculinity. *Journal of American College Health*, 48(6), 307–315. <https://doi.org/10.1080/07448480009599307>
- Chong González, E. G., Herrera Tapia, F., Chávez Mejía, C., & Sánchez Plata, F. (2015). Mercado de trabajo rural y precarización: nuevas condiciones socioeconómicas en el sur del estado de México. *Región y Sociedad*, 27(63), 155–179.

- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (2011). *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (4^a ed.). SAGE Publications.
- Elder, G. H. (1994). Time, human agency, and social change: Perspectives on the life course. *Social Psychology Quarterly*, 57(1), 4–15. <https://doi.org/10.2307/2786971>
- Elder, G. H., & Giele, J. Z. (2009). *The craft of life course research*. Guilford Press.
- Giele, J. Z., & Elder, G. H. (1998). *Methods of life course research: Qualitative and quantitative approaches*. SAGE Publications.
- Herzfeld, M. (1988). *The poetics of manhood: Contest and identity in a Cretan mountain village*. Princeton University Press.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2023). Resultados definitivos del Censo Agropecuario 2022. https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/CA_Def/CA_Def_2022.pdf
- Jiménez, O., & Tena, R. (Eds.). (2010). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. UNAM y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Little, J., & Panelli, R. (2003). Gender research in rural geography. *Gender, Place & Culture*, 10(3), 281–289. <https://doi.org/10.1080/0966369032000114000>
- Möller-Leimkühler, A. M. (2003). The gender gap in suicide and premature death or: Why are men so vulnerable? *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 253(1), 1–8. <https://doi.org/10.1007/s00406-003-0397-6>
- Moncada, G. (2012). *Adicción y sobriedad. Los usos de las drogas y los usos de la masculinidad*. Cuaderno de Trabajo No.

10. De masculinidades y mujeres en México. Universidad de Sonora.

Nateras Domínguez, A., & Nateras Domínguez, J. O. (1994). El uso social de drogas: Una mirada desconstruccionista. *Iztapalapa: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (35), 113–130.

Núñez, G. (2017). Abriendo brecha: 25 años de estudios de género de los hombres y las masculinidades en México (1990–2014). CIAD.

Ovalle, L. P., Balbuena Bello, R., Ospina, A., & Guerrero Mondaca, J. (2010). ¡No seas culero! Prácticas de los usuarios de drogas inyectables. *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*, 5(8). Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Quintero, G., & Estrada, A. L. (1998). Cultural models of masculinity and drug use: ‘Machismo,’ heroin use, and gendered expectations among Mexican American men. *Medical Anthropology Quarterly*, 12(3), 291–318.

Romaní Alfonso, O. (1999). Por el filo de la navaja: Drogas y vulnerabilidad social. *Trabajo Social y Salud*, (32), 141–168.

Secretaría del Campo del estado de México (SECAMPO). (2022). Análisis de la tendencia 2011–2021 de la producción agrícola de 47 principales cultivos del estado de México. Subdirección de Información y Estadística.

Settersten, R. A. (2003). Propositions and controversies in life-course scholarship. In R. A. Settersten (Ed.), *Invitation to the Life Course: Toward New Understandings of Later Life* (pp. 15–45). Baywood Publishing.

Toquero Hernández, M. A., & Salguero Velázquez, M. A. (2013).
Los significados de ser hombre, asociados al consumo de
sustancias psicoactivas. *Revista de Estudios de Género.*
La Ventana, 4(38), 372–404.